

Dando cuenta: testimonios de la violencia

ERIKA AQUINO

Los textos de *Dando Cuenta. Estudios sobre el testimonio de la violencia política en el Perú (1980-2000)* de Francesca Denegri y Alexandra Hibbett (editoras), abordan nuevas formas de leer y analizar los discursos testimoniales. El título está inspirado en el libro de Judith Butler *Dar cuenta de sí mismo*, por ello que esta edición se erige como un testimonio más, en la medida que visibiliza algunas voces que aún pugnan por tener un lugar en la memoria. Resulta significativo que las editoras hayan realizado un deslinde terminológico e introducido la denominación de «violencia política» y no «conflicto armado interno» para asumir la historia de la época del terrorismo.

El libro inicia con un estudio introductorio denominado «El recordar sucio», concepto alternativo que desestabiliza la ética del «buen recordar». Por cuestiones taxativas, las autoras diferencian entre seis tipos de violencia pos-conflicto (la violencia del simulacro o discurso senderista; violencia militar o policial; violencia del estado de excepción normalizado; violencia del macho; violencia del progreso y violencia del goce). Bajo estos conceptos el libro presenta trece artículos divididos en cinco apartados.

El primero desarrolla la violencia sexual y de género. En el artículo «Cariños en tiempos de paz y de guerra», Francesca Denegri, a partir de su lectura del testimonio de «El Brujo», deshilvana todos los significados del significante «cariño» en el Perú y desenmascara la perversidad que esconde su uso. Por otro lado, introduce el término «gine sacra», con el cual hace referencia al individuo femenino que es protegido por la ley, pero que a su vez es expulsado a los límites de la legalidad, la que permite, promueve y justifica su «nuda vida» a partir de la violación sexual.

El artículo de Jelke Boesten «De violador a marido [...]» dialoga con el de Denegri, ya que estudia cómo se domesticaron las violaciones en nuestro país, especialmente aquellas cometidas por miembros del ejército. Un ejemplo es el matrimonio visto e instituido (en el Código Penal de 1991) como una forma de evitar la ilegitimidad de la concepción y la deshonor de las mujeres a causa de las violaciones cometidas por los militares. Mientras que Rachel McCullough en «¿Puede ser travesti el pueblo? [...]», estudia los mecanismos mediante los cuales la comunidad TLGB fue silenciada durante el conflicto armado. La tesis del estudio es que estos «cuerpos abyectos» son arrojados del proyecto de nación de los grupos terroristas, pues no encajan en la identidad del «pueblo» ni en la identidad del «guerrillero».



Dando Cuenta. Estudios sobre el testimonio de la violencia política en el Perú (1980-2000)

Francesca Denegri, Alexandra Hibbett (editoras)
Fondo Editorial PUCP
Lima, 2016
370 pp.

En el segundo apartado «Violencia del simulacro», Alexandra Hibbett nos acerca al testimonio a partir de las lecturas de Berveley. Demuestra cómo en el testimonio del mando militar de Sendero «Waldo», aparecen varios discursos, los mismos que fallan al tratar de narrar el «gocce del pendejo». En «Mujeres, memoria y violencia: testimonios ante la CVR de dos participantes del conflicto armado interno», Rocío Silva Santisteban analiza los testimonios de Lucero Cumpa, una de las líderes del MRTA y Judith Galván, militante y combatiente de Sendero Luminoso. Concluye que el testimonio de la primera es una manera de resubjetivarse o dejar atrás el proceso de basurización simbólica a la que fue sometida, mientras que el segundo se erige como una forma crítica de su participación en el grupo armado.

En el tercer apartado «Violencia de estado de excepción normalizado», Rafael Ramírez Mendoza en «Una lectura crítica de la memoria emblemática de la CVR desde los testimonios de la masacre de Lucanamarca» resalta que volver la mirada a Lucanamarca fue esencial para construir la nueva memoria nacional y oficial, propuesta anteriormente desde la

CVR que, no obstante, continuó marginando voces que no encajaban en el relato de algunos pobladores, pues el análisis de esta institución operó entre papeles inamovibles y dicotómicos: víctima-victimario. Este artículo dialoga con el de Claudia Almeida Goshi, quien desde el análisis del discurso y la conversación, devela cómo la prensa solo visibilizó aquello que las Fuerzas Armadas estuvieron dispuestas a develar, de tal modo que muchas muertes quedan aún en la sombra. Tamia Portugal, a través del testimonio de Gerardo Fernández, cuestiona la visión dicotómica entre víctima y victimario, pues pone en tela de juicio la complejidad que escapaba a esa dicotomía y, además, quiebra la imagen de pasividad de los ciudadanos de Putis y de «nación cercada». Por su lado, Ignacio Pezo explora un territorio poco transitado y menos recordado en la memoria de la CVR. Analiza, desde la teoría de Michael Pollak, los testimonios asháninkas en la comunidad de Otica, donde visibiliza los «mecanismos discursivos» en los cuales los testimoniantes silencian actos de violencia.

El cuarto apartado titula «Violencia militar y el reverso sombrío de la ley». Javier Pizarro en su artículo revisa los expedientes no transcritos de las voces planteadas en los extremos del bien y del mal: el ejército. Estos discursos contradicen el oficial, pues dicen algo más de lo que sucedió. Del mismo modo, David Durand revisa los testimonios de campesinos de Chungui acerca de su relación con los militares y cómo esto creó nuevas subjetividades.

En el último apartado «Desde los márgenes del testimonio» se presentan dos propuestas. Por un lado, Víctor Vich analiza del testimonio de Hory Chlímper, empresario secuestrado en 1990 por miembros del MRTA. Es importante el contraste de este testimonio respecto de las otras víctimas, pues se posiciona ante un «nuevo lugar de enunciación», que deconstruye los modelos del género testimonial. Finalmente, el artículo de Eliana Otta se orienta a un análisis de la obra de teatro *Proyecto 1980/2000. El tiempo que heredé*, dirigida por Sebastián Rubio y Claudia Tangoa. El análisis nos muestra una obra que enfrenta al espectador, primero, porque los actores son jóvenes involucrados de otra manera con la historia; segundo, porque sus testimonios giran y cuestionan conceptos y, tercero, porque se tensa la memoria individual y colectiva. Resulta además interesante la propuesta de pensar el espacio teatral como una sala de psicoanálisis, donde la autora cuestiona la omisión del grupo terrorista que nos lleva a pensar que hay un conflicto irresuelto.